

Hank descendió a los infiernos. Ahora disfrutará del paraíso de la venganza

EL CIELO DE NUEVA YORK



ALEJANDRO CORRAL

Un sorprendente debut literario

IVI

ALEJANDRO CORRAL

El cielo de Nueva York

minotauro

Primera edición: febrero de 2015

© Alejandro Corral, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0243-8

Depósito legal: B. 117-2015

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Marzo, diez meses antes.

Hospital psiquiátrico Northonwest, Nueva Jersey

Doctor Letterman, el grupo 5 ya está preparado para la sesión de terapia colectiva —anunció Lucy, una de las enfermeras.

Gary Letterman era el director médico del hospital psiquiátrico Northonwest. Se trataba de un varón afroamericano, ya entrado en años y de pelo canoso, que había dedicado toda su vida al estudio de la mente.

Licenciado en medicina por la Universidad de Harvard, se especializó en psiquiatría y dos años después obtuvo una plaza de médico residente en Northonwest, donde destacó enseguida. Con apenas treinta y dos años fue votado por la junta del centro para ocupar el puesto de director médico, cargo que desempeñaba desde entonces. Su trabajo le había robado el tiempo necesario para atender a su familia, lo que provocó el divorcio tras diez años de matrimonio.

El doctor Letterman recogió la carpeta que Lucy había depositado en el mostrador y comprobó las medicaciones prescritas a los componentes del grupo 5. Firmó la hoja y devolvió la carpeta para que la enfermera la guardara. Entró en la cabina haciendo uso de su llave, recogió su bloc de notas y se sirvió un cortado largo de café al que añadió tres cucharadas de azúcar; después salió y dejó que Lucy cerrara la puerta.

Cruzó el ancho pasillo hasta la espaciosa y bien iluminada sala común, donde los integrantes del grupo 5 esperaban sentados. El grupo 5 había sido creado por el propio Letterman unos meses atrás, y en él se reunían las mentes más brillantes y las más trastornadas del hospital.

Había ordenado que sus componentes compartieran habitaciones contiguas para que sus interacciones fueran frecuentes. La característica principal del grupo, aparte de la inteligencia de unos y la demencia de otros, era que sus enfermedades no tenían cura conocida. Los tratamientos y medicamentos que el doctor Letterman les había prescrito paliaban los síntomas y atenuaban las dolencias, pero no los anulaban del todo, de modo que se le ocurrió experimentar una terapia de *shock* entre internos cuyas enfermedades mentales no mostraran síntomas parecidos.

Yo era por aquel entonces uno de los componentes del grupo 5.

Alcé la vista y miré a mi derecha. El doctor Letterman hablaba con la enfermera Lucy. La sesión empezaría en breves instantes.

Yo estaba sentado en un semicírculo de sillas cuyos respaldos apuntaban al lugar donde en breve se ubicaría el doctor Letterman; desde allí contemplé al resto de los miembros del grupo 5.

John Kyle, o Johnny K., como se hacía llamar entre los pacientes, ocupaba uno de los extremos del semicírculo. Era un joven varón blanco que enloqueció repentinamente e intentó prenderle fuego a una hoguera, ya encendida, durante una festividad en un pequeño pueblo cerca de Missoula, en Montana. Trabajaba de ingeniero en una planta nuclear en el este del país. Algunos compañeros lo definían como una persona responsable, trabajadora y puntual, respetuosa y educada con los demás. Nadie entendía lo que le había pasado a Johnny K.

Lucía un negro y voluminoso tupé, siempre engominado, por el que no cesaba de pasar un pequeño peine rojo que guardaba en el bolsillo izquierdo de la camisa. Sentía una fuerte predilección por la música y la figura de Elvis Presley: tarareaba sus canciones, copiaba sus andares y hasta intentaba imitar su voz.

Johnny K. siempre se remangaba la camisa hasta los hombros, lo que le confería el aspecto de un Elvis Presley algo pasado de moda. Se había convertido en un tipo nervioso y activo; no paraba de moverse y miraba una y otra vez a su alrededor. No dudaba en comenzar una pequeña batalla verbal con quien considerara que lo miraba mal o se reía de él o de su aspecto, y siempre ponía motes a cuantos conocía, incluido el doctor Letterman.

Johnny K. me caía bien, siempre y cuando nuestras conversaciones no duraran más de tres minutos, claro, porque ése era el tiempo máximo que podía aguantarlo antes de que me entraran ganas de meterle el peine rojo por su parlanchín gazzate.

Alfred Holbein estaba sentado a la derecha de Johnny K. El doctor Holbein era un físico teórico que había ejercido como catedrático en la Universidad de Yale. Tenía el cabello blanco como la nieve recién caída, pero sólo le crecía en los laterales de la cabeza, sobre las orejas; en la parte superior del cráneo era completamente calvo. Usaba gafas de pasta fina con cristales circulares, y lucía una desaliñada barba de chivo con un fino bigote. Su aspecto físico y sus numerosas excentricidades propiciaron que la revista *The Key*, dedicada al cotilleo y a la prensa rosa, lo catalogara como «una de las personas más chaladas del siglo XX». Sin embargo, era una de las mentes más brillantes de la época.

Me dijeron que cuando entró en el hospital lo hizo al grito de «Dadme algo con lo que escribir y os mostraré los errores de este mundo».

Sus padres emigraron a Estados Unidos en los años treinta huyendo de los nazis; él ya nació aquí. Nadie conocía con exactitud su edad, ya que su partida de nacimiento se había perdido en un incendio del registro. Conforme envejecía, el doctor Holbein desarrolló una extraña obsesión por la fecha de su natalicio. Uno de sus colegas en Yale se lo encontró en calzoncillos en una de las aulas de la facultad intentando averiguar mediante teoremas sobre los universos paralelos el año en el que nació. Como científico, su necesidad de saber lo llevaba a hacer preguntas, plantear conjeturas y dar respuestas sobre cualquier situación.

A la derecha del doctor Holbein se sentaba Gabriella Orlini, una mujer de veintinueve años que se dedicaba a la música como profesional. Su cabello castaño había perdido el brillo y mostraba un aspecto poco lustroso, siempre enmarañado, con algunas zonas grisáceas. Gabriella padecía problemas de insomnio, lo que era la causa de unas pronunciadas ojeras en lo que antaño había sido un bello rostro.

Gabriella Orlini había nacido en Italia, en la ciudad de Siena, pero vivía en Estados Unidos desde muy niña. Era una virtuosa del violín y había sido contratada por la Filarmónica de Nueva York. Se contaba que durante una actuación en el Four Seasons la señorita Orlini se quedó paralizada mientras interpretaba una obra de Tchaikovsky, sumiéndose en un extraño silencio. Los médicos que la atendieron encontraron droga entre sus pertenencias, pero descartaron que ésa fuera la causa de su parálisis, y decidieron ingresarla en Northonwest a causa de su repentina mudéz y su ensimismamiento. Desde entonces, el doctor Letterman había estudiado minuciosamente su caso, llegando a la conclusión de que la joven violinista sólo hablaba durante diecisiete minutos al mes, aunque la mitad de ese tiempo repetía la expresión «Las paredes son grises; deberían tener colores».

Gabriella conservaba toda su motricidad intacta y obedecía todo aquello que se le ordenaba sin protestar. Era, en palabras de Johnny K., «un terrier galés perfectamente domesticado». Las enfermeras y auxiliares la consideraban la paciente perfecta. Nunca ponía trabas a la hora de tomar su medicación y no protestaba por la comida ni los horarios. Ordenaba su cuarto, hacía la cama sin necesidad de que la obligaran y se valía por sí misma para cualquier cosa.

Gabriella pasaba gran parte del día sentada junto a la ventana y mirando a través de ella. Nunca mudaba la expresión; hiciera frío o calor, estuviera triste o alegre, su rostro siempre proyectaba la misma imagen impávida. Contemplarla me producía espasmos y escalofríos y, qué demonios, también repulsión e irritación.

Entre Gabriella y yo se sentaba Michael McDaniels, un afroamericano nacido en Cullman, Alabama. Michael medía casi dos metros y era tan corpulento como dos hombres pegados por los hombros. Desde pequeño lo apasionaban los coches, por lo que se dedicó a la mecánica.

Un ejecutivo de la empresa de automóviles Brake & Clutch se dirigía a una importante reunión en Columbus, Alabama, y a su paso por Cullman tuvo que detenerse en el pequeño taller de Michael McDaniels por ciertos problemas en el motor, con el temor de no llegar a tiempo para poder cerrar un negocio. La solución que Michael le dio en media hora impresionó al ejecutivo, quien, tras cerrar el acuerdo motivo de su viaje, regresó a Cullman para ofrecerle al mecánico un puesto de trabajo en la empresa. Michael aceptó, abandonó Alabama y se trasladó con su hijo a Nueva York, donde trabajó como encargado en un taller del Bronx. Poco después decidieron nombrarlo supervisor general de los seis talleres de Brake & Clutch con un importante aumento de sueldo.

Tres semanas antes de que se hiciera oficial el ascenso, Michael estaba reparando, fuera de horario, el motor de un Ford de 1979 cuando vio una docena de ratas mordisqueando una fotografía de su hijo, que hacía varios meses que se había largado de casa. Aquélla fue la última imagen que contempló de su pequeño.

Al día siguiente, los operarios del taller se encontraron a Michael dentro del coche, agarrando con fuerza el volante y con los ojos tan abiertos como platos.

Desde aquel día, el mecánico de Alabama sentía pavor por casi todo cuanto lo rodeaba. Michael se achantaba si alguien le hablaba con tono de desprecio o si las enfermeras lo obligaban a salir al patio durante el recreo; se deprimía si una de las púas del tenedor de plástico se rompía al pinchar un trozo de zanahoria y se alteraba si el personal apagaba las luces de su habitación antes de que se durmiera.

A mis ojos era como un cachorrillo de mamut, indefenso y

extraviado, que había perdido el rumbo y cuyo único propósito en la vida no era sino sobrevivir un día tras otro.

A mi derecha, cerrando el semicírculo, estaba Jeremy Lewis, mi compañero de cuarto en el psiquiátrico. Jeremy era, sin duda, la persona más estrambótica y anárquica que jamás había conocido. Su atractivo físico resultaba innegable. Neoyorquino e irrespetuoso, no cumplía ninguna de las normas establecidas en el centro y tenía una habilidad excepcional para que nunca lo pillaran infringiéndolas. Entró en Northonwest poco después de mi ingreso, y desde el primer momento sentí simpatía e incluso admiración por él.

Haber perdido a mi mujer, haber sido engañado en mi negocio y tener problemas con las drogas me habían empujado a compartir las ideas anárquicas y autodestructivas que Jeremy me brindaba una noche tras otra. Nos entendíamos y compenetrábamos como uña y carne, y ambos sabíamos que éramos los dos pacientes más difíciles de controlar por el doctor Letterman.

Jeremy tenía el cabello castaño claro, en consonancia con unos ojos azules de mirada eléctrica. Sus marcadas facciones bajo los agresivos pómulos le conferían un atractivo especial, único.

A diferencia de lo que sabía del resto de los internos, todavía no había logrado adivinar qué le había ocurrido a Jeremy para acabar ingresado en un hospital psiquiátrico. Desde el principio, Jeremy me dijo que el pasado no se podía recuperar, y que hablar sobre ello sólo adelantaba las perspectivas de supresión.

Yo era el último componente de los internos que formábamos el grupo 5.

Me llamo Hank Williams. Ingresé en la Universidad de Columbus, donde estudié tres años de economía antes de ser expulsado, ya que el Decano se enteró de que había estado malversando fondos públicos para financiar mis estudios. Durante los siguientes años trabajé como camarero en un restaurante de Queens, malviviendo en un pequeño apartamento en el Bronx, donde compartí piso con dos camellos drogadictos que, pese a su condición, siempre me otorgaron un trato digno.

Mi padre, que se pasaba el día borracho, nos abandonó cuando yo tenía trece años. Yo solo no pude sufragar los gastos médicos de mi madre, que murió de cáncer. Tras su muerte, decidí que había llegado la hora de cambiar mi vida. Creía tener el potencial y la inteligencia necesaria para hacer algo grande.

Trabajé día y noche en el restaurante hasta que ahorré dinero para comprar un portátil, ropa nueva y mudarme a Queens, donde compartí un modesto apartamento, cercano al restaurante, con Charlie Perry, un joven periodista.

Poco después, alquilé un local destartado en Manhattan, muy cerca del centro financiero de la ciudad. Encargué un cartel con la inscripción IW CORPORATION que colgué en la fachada del establecimiento, compré mesas, armarios y sillas del modelo más elegante, ordené que pintaran techos y paredes de color caoba, que arreglaran la instalación eléctrica y que acuchillaran el viejo y feo suelo gris y lo cubrieran con losetas de mármol blanco.

Dejé el puesto de camarero, y fueron mis propios compañeros del restaurante los que corrieron la voz de que un nuevo «magnate» de las finanzas se había instalado en la ciudad. Ellos mismos no dudaron de mi instinto y saber y me confiaron pequeñas cantidades a las que no tardé en sacar rendimiento. Como cualquier intermediario, cobraba una comisión a cuenta de los beneficios generados por los capitales ajenos.

Ingresé mis primeros cinco mil dólares en una cuenta nueva, y empecé a moverlos en modestas inversiones en bolsa. Compraba y vendía acciones, participaba en operaciones de alto riesgo pero con elevada rentabilidad... La confusa situación económica mundial me ayudaba, ya que, mientras la mayoría se acostaba sin saber qué pasaría al día siguiente, yo poseía un instinto especial para anticiparme y predecir los movimientos del mercado.

Pronto me encontré con más dinero del que jamás había soñado. Incluso el *New York Times* publicó que yo era un genio de las finanzas y de las inversiones. En un tiempo récord, mi empresa había crecido tanto que ya contaba con veinte trabajadores. IW Corporation comenzó a hacerse popular en la Gran Manza-

na, y no tardé en anunciar la apertura de tres sucursales más y trasladar la sede principal de la compañía a un magnífico local en la Quinta Avenida.

Ante la admiración del sector financiero norteamericano, el valor bursátil de IW Corporation alcanzó los ochocientos millones de dólares. Mi rostro aparecía a menudo en las portadas de las principales revistas del país.

Poco antes de dejar el restaurante conocí a Lisa Stewart, una joven abogada que trabajaba en un bufete al este de Manhattan. Era una mujer rubia, alta y de ojos verdes, con una belleza natural como no había visto nunca. Dejé a Charlie y me fui a vivir con ella, y a los pocos años, con mi empresa viento en popa, nos casamos. Nos mudamos a Manhattan y compramos un magnífico apartamento en el Upper West Side.

Tras la apertura de varias sucursales en los estados más importantes y ricos del país, IW Corporation dio el salto a Europa. Pero en ese tiempo algo extraño me ocurrió. Poco a poco comprendí que los negocios ya no me llenaban y comencé a perder la ilusión. Todo en mí era desgana. Incluso dejé de sentir atracción por Lisa.

Me dediqué a beber a todas horas. El whisky de reserva me calmaba, pero no tardé en cambiar al vodka barato, que se convirtió en mi bebida favorita en todo momento. Mentía a Lisa con ficticios viajes de negocios para poder emborracharme en hoteles de mala muerte y antros de carretera. Mi impostura me permitía disimular ante ella, pero tenía más dificultades para hacerlo en el trabajo, donde perdía la concentración y daba largas cabezadas sobre la mesa.

No me encontraba bien, pero algo tenía claro: no pensaba renunciar al vodka barato. Y aún fui más allá. Comencé a consumir marihuana, y cocaína después, incluso en horas de trabajo. El efecto inmediato de las drogas me permitía mantener la capacidad de concentración y el juicio despierto para evaluar diferentes situaciones. Los estupefacientes me ayudaban a sentir indiferencia por el malestar y la fatiga, y me condujeron a la

falsa ilusión de poseer más resistencia física y mayor capacidad mental.

Me convertí en un ser extraño a mí mismo. Escondía papelinas de cocaína en distintos lugares del trayecto de casa al trabajo: una cabina de teléfono público, la cisterna del lavabo de un bar, bajo la papelera de un parque...

Muchas noches, al llegar a casa, discutía con Lisa, que me recriminaba, no sin razón, mi dejadez por nuestro matrimonio, mi indiferencia ante su deseo de tener hijos y mi falta de atención y cariño. Solía aparecer con varias copas de más, y aunque la engañaba con facilidad sobre mi estado de embriaguez, a quien no podía mentir era a mi propio cerebro.

Por fin, mi cabeza comenzó a fallar. Aparecía de pronto en sitios a los que no recordaba cómo había llegado. Entraba en bares donde me bebía de un par de tragos un vodka doble y al instante me despertaba en la fría soledad de una habitación de un mugriento hotel en el peor barrio de la ciudad. De repente, me encontraba en una reunión en Los Ángeles o en Chicago, y de pronto me enfrentaba con un gordo y maloliente camarero que me echaba a patadas de un bar en Queens.

Pese a todo, mi inteligencia seguía siendo superior a la de la mayoría, y mi sentido común me aconsejó que debía delegar mis funciones dentro de la empresa, al menos por un tiempo. Contraté para ello a James Lemmon, un compañero de la Facultad de Ciencias Económicas.

El don más importante del que yo podía presumir era mi capacidad para contemplar y examinar situaciones y personas y extraer el mayor beneficio posible de ello. Además, mi locuaz verborrea podía conseguir que mucha gente hiciera casi cualquier cosa que le pidiera, utilizando para ello mi habilidad para la persuasión.

En cuanto observaba a un grupo de personas, yo ya sabía quién se drogaba y quién no, quién vendía y quién compraba, y lo deducía por la forma de moverse o mirar, por la manera en que actuaba, o por cómo se comportaba cada uno.

Muy pronto, todos aquellos lapsos de memoria y los vacíos

mentales comenzaron a agobiarme, y me di cuenta de que no era capaz de controlarme. De la cocaína pasé a consumir todo tipo de narcóticos, cada vez más fuertes. Una noche ingerí tal cantidad de barbitúricos que permanecí inconsciente durante veinticuatro horas. Me despertaron tirado en el servicio de un cochambroso motel, con un charco de vómito junto a mi rostro.

Fue poco después, en uno de los escasos momentos de lucidez, cuando me enteré de que la empresa que yo había fundado prácticamente no me pertenecía. Lisa me había hecho firmar documentos, y yo me había limitado a hacerlo sin importarme qué certificaba y sin leer siquiera aquello a lo que estaba dando mi consentimiento.

Me quedé sin esposa y sin empresa.

Fue entonces cuando la idea del suicidio comenzó a rondar por mi cabeza; al principio a ráfagas, pero luego se fue consolidando a medida que las drogas ya no me ayudaban a evadir la realidad.

Una tarde, tras el tercer vodka, perdí la conciencia. Horas después, con la noción del tiempo absolutamente desaparecida, me encontré encaramado sobre la cornisa del edificio de mi apartamento, a punto de saltar al vacío.

Esa misma noche una oscura sombra se apoderó de mí. Por fortuna, en el único instante de cordura, pude telefonar a Charlie Perry, el periodista que había sido mi compañero de piso en Queens antes de irme a vivir con Lisa. Charlie acudió a mi llamada de auxilio y se presentó en el apartamento tan rápido como pudo, y una vez allí me mantuvo despierto el resto de la noche. El pobre Charlie tuvo que limpiar mis vómitos, cuidarme y vigilar mis delirios.

A la mañana siguiente, y con su ayuda, ingresé voluntariamente en Northonwest.

Y ahora, ahí estaba yo, contemplando cómo el doctor Letterman, al que no apreciaba demasiado, recogía su bloc de notas y su café, dispuesto a comenzar la terapia del grupo que él mismo había creado.

El doctor Letterman se acercó hasta la silla que una de las enfermeras había colocado frente a los internos unos minutos antes. Vestía su camisa azul bajo la bata; debía de ser lunes. Se sentó tranquilamente, desplegó la mesita portátil y depositó en ella su café y su bloc de notas, se recolocó las gafas y miró uno a uno a los miembros del grupo 5, desde Jeremy hasta Johnny K.

—Buenos días —nos saludó sin excesiva cordialidad—. Comencemos.